



# **Don Antonio Cacua Prada tras la Alondra del Ancón. Consideraciones al libro *Amelia Denis. Primera poetisa panameña\****

---

POR MARGARITA VÁSQUEZ QUIRÓS  
Directora de la Academia Panameña de la Lengua

---

Honorable señor Jaime Posada Díaz, *director de la Academia Colombiana de la Lengua*;  
honorable señor Antonio Cacua Prada, *académico de número de la Academia Colombiana*;  
honorable señor Rogelio Rodríguez Coronel, *director de la Academia Cubana de la Lengua*;  
honorable señor Hernán A. Olano, *director de la Academia Boyacense de la Lengua*;  
honorable señor Juan Carlos Vergara Silva, *académico de número de la Academia Colombiana*, a quien debemos nuestra presencia en este recinto venerado;  
señores miembros académicos de la Academia Colombiana y de la Academia Boyacense de la Lengua,  
señoras y señores:

He llegado a Bogotá envuelta en la emoción que se despierta en el recuerdo de mis padres, admiradores firmes de la cultura, la historia y la tierra colombianas. A ello sumo la certeza de saber que visito la casa de la primera academia americana de la lengua, fundada en 1871, cuando Panamá era parte de Colombia. Panamá recibía entonces un bautizo académico. Lo que se hizo en 1926 en la ciudad de Panamá con la

---

\* Discurso pronunciado en noviembre de 2017.

creación de la Academia Panameña de la Lengua, ya lo he dicho antes, fue confirmar aquel anhelo de estudio, respeto y cuidado de nuestra más rica herencia: nuestras palabras.

Las que pronuncio hoy están dedicadas a una lectura del libro *Amelia Denis, primera poetisa panameña. La voz del amor, la libertad y la protesta*, escrito por D. Antonio Cagua Prada, distinguido miembro de número de esta academia colombiana. Fue publicado en Bogotá en el año 2013.

La predilección demostrada por D. Antonio Cagua Prada por la primera poetisa panameña, su interés y cuidado por recoger toda la información posible sobre su vida y su obra, no podía más que entusiasmarme. Dentro de la carrera vital de los estudios panameños sobre Amelia Denis, esta obra de D. Antonio cubre un espacio que estaba vacío, porque hacía falta un libro que recogiera la información disgregada paralela a la obra de la poeta panameña. Post-mortem fue publicado su libro *Hojas Secas*, en 1927 en Managua. D. Antonio Cagua Prada, desde el siglo XXI, pasados cien años de la muerte de la escritora, percibe e interpreta en la lectura de sus versos el hilo de la historia de su vida. Este volumen hace eso: presta atención a los lugares en los que Amelia Denis vivió desde su nacimiento en 1836 en Panamá y muerte en 1911 en Nicaragua. Vivió en tres países: Colombia, Guatemala y Nicaragua. D. Antonio Cagua Prada nota la percepción amplia de América y el mundo que tenía la panameña e incluye textos que explican el contexto de sus vivencias. Además, hace una relación de los estilos y tendencias literarias en que fue incluida por sus contemporáneos; marca los grupos literarios en los que floreció; habla de su vida desde la niñez, de su educación, de sus pérdidas, de sus matrimonios y de la conformación de su familia, de su parentela cercana, de sus intereses poéticos y de sus poemas; de su vida en Guatemala y en Nicaragua; de las personalidades a quienes admiró; de la situación de los países hispanoamericanos en aquellos momentos; de su barrio de Santa Ana; de la muerte de Victoriano Lorenzo; de la separación de Panamá de Colombia; de su percepción dolorosa de las lesiones

que iba sufriendo Panamá a medida que avanzaba la decisión de construir el canal; de su muerte en Nicaragua a los 75 años y, finalmente, de la repatriación de sus restos en el centenario de su nacimiento. Paralelamente introduce capítulos que explican, por ejemplo, la educación femenina en el istmo, el sentido de patria entre los poetas panameños, el descubrimiento y la fundación de la ciudad de Panamá, el sueño del canal, la nueva ciudad, la carta de Jamaica de Simón Bolívar, los sucesos tras la independencia, la percepción de Panamá por Rubén Darío, un artículo sobre José Eusebio Caro, sobre la frivolidad y la ficción literaria y sobre las poetisas colombianas, entre otros textos.

Una bibliografía muy nutrida, fotografías y una acuarela pintada por el maestro colombiano Gerardo Cortés Moreno, además de un sitio para dar noticias sobre el autor, completan este hermoso libro.

Veámoslo con un poquito más de detenimiento.

La disposición del libro *Amelia Denis* muestra cuáles han sido las circunstancias que llevaron a la poeta a destacarse en un período en que el lugar de la mujer era el hogar: se esperaba que los interlocutores de su palabra no debían ser otros que el esposo, los hijos y los familiares cercanos; en todo caso, los amigos de la familia. Amelia Denis no se conforma y, tal vez, motivada por su padre, el periodista Saturnino Denis, publica en *La Floresta Istmeña*, sección literaria del periódico *El Panameño*. Entra así a formar parte del grupo de los poetas románticos panameños: Gil Colunje, Tomás Martín Feuillet, José María Alemán y Manuel José Pérez. A pesar de haber pasado solamente la Escuela Elemental de Niñas del barrio de Santa Ana, que fue su única educación formal, se codeó con poetas y escritores, situándose en un nivel destacado por su energía e inteligencia. Estas circunstancias indican que en Colombia existieron en el siglo XIX grupos ilustrados que formaban y respaldaban a sus integrantes hacia determinadas áreas de la cultura, lo que explica que Amelia Denis hubiera alcanzado tan alto sitio en la cultura panameña. Pero, además, hay otro ángulo interesante: tras la conformación de los partidos liberal y

conservador, los periódicos panameños, basados en su propio repertorio de ideas (liberales o conservadoras), comenzaron a dar cabida o no, poco a poco, a la participación femenina.

Amelia Denis le escribe en 1890 un poema a su hijo Florencio, que delata su necesidad interior de escribir para sosegar el alma:

Tú sabes que en mis horas de tortura  
abandono intranquila mi costura  
y escribo inconsciente una canción  
que mis notas tristes de duelo,  
le han servido a mi vida de consuelo,  
y me han salvado en más de una ocasión.

Esto que versifica Amelia, es lo que hace: combinar las dos experiencias tan aparentemente dispares (costura y poesía), y escribe como desahogo, alivio del ánimo. Sin embargo, siente que le faltó el saber, el conocimiento, que, en su poema «*Mi Pensamiento*», es fuente, luz, mundo. Sus versos dicen que nunca pudo reponerse de esto que advertía como carencia, el deseo de saber más. Aunque en algún momento reconoce que sus versos nacen de la inspiración, según confiesa, sus ansias de saber son la causa del tono dolorido de sus versos. Ella informa:

A mí no me invitaron  
contemplo aquella fiesta.  
Han pasado los años sin que nunca  
tal dicha conociera.

¿Qué dicha es esta? Haber alcanzado el más alto desarrollo del conocimiento en un área específica: la creación poética. No obstante, sus habilidades y destrezas para la poesía señalan que tenía gran interés y le sobraba conciencia social, responsabilidad humana, sentido de justicia y, sobre todo, amor a Panamá y a los panameños. Quiso haber entrado con profundidad en el estudio de la Retórica y, por supuesto, en el conocimiento de la historia y del mundo, pero no le hizo falta. Echar de menos este saber indica que ella sabía a lo que se enfrentaba. Pero, por otro lado, hay indicios claros de que su literatura no fue silvestre, que su obra no venía solamente de la

necesidad y la inspiración, quizás considerada como «locura poética» entre quienes la rodeaban, sino que procedía de una mentalidad cultivada, inteligente y valerosa. Hasta cierto punto, era una especie de revelación profética lo que la empujaba a escribir. *Al cerro Ancón* es la gran muestra de lo que digo. Se desprende de las *Hojas Secas* que Amelia Denis presentía que, a falta del saber, ella poseía un enorme tesoro: la inspiración.

Fue una poetisa gallarda y serena porque en su tarea poética se van descubriendo los sometimientos sociales a los que estaba obligaba la mujer por la sociedad istmeña de la época, que ella hacía despuntar para que se conocieran. En el poema *En la tumba de mi padre*, se lee:

Abrí mis ojos al contacto puro  
De una gota de llanto silenciosa  
No supe entonces que el dolor impuro  
Condena a la mujer que no es esposa.

Los hijos del amor son escogidos.  
Los marca el mundo, los adopta el cielo.  
El genio y la esperanza sonreídos  
Los levantan altivos en su vuelo.

Ella fue una hija del amor. A su vez, tuvo un total de cinco hijos y dos matrimonios: Ernesto, Julia, Florencio y Hebe del primer matrimonio, y Mercedes, del segundo, quienes fueron nombrados una y otra vez en sus versos, a la par de sus hermanas. Para ella, sus hijos y sus nietos fueron luz y vida y, como la vida, les escribe con destellos de tristeza y una que otra alegría. A sus amigas también les dedica confidencias, secretos de alcoba, los estados y sentimientos que surgen con la entrega al amante esposo en la noche de bodas.

La poetisa vivió en Panamá y después pasó varios años en Guatemala con su cónyuge, el señor José María Icaza. Allí publicó en el periódico *El Trabajo* y en *El Bien Público* bajo el seudónimo de «Elena». Fallecido el señor Icaza, vivió en León, Nicaragua, desde 1894 hasta 1911 con su hija Mercedes, casada

con el caballero nicaragüense D. Ponciano Espinosa. Allí la sorprendió el 3 de noviembre de 1903, día de la separación de Panamá de Colombia. Sufrió en vida, además, la muerte de varios familiares muy cercanos, según se desprende de su poesía. Lo cierto es que su libro póstumo *Hojas Secas* nos revela un post romanticismo que adquiere la forma de lo que llamaríamos hoy un juego de roles: el bien o el mal vinculados a las diferencias económicas, con títulos como *El crimen social*, *Por fin fui rico*, *El trabajo* y otros. Así, expresa su pensamiento por medio de imágenes: */Si vieras esa angustia, si la vieras/de la que espera triste esa mañana;/ pendiente de la aguja y las tijeras/para pagar el pan de la semana/*. Es un espíritu inconforme con las diferencias impuestas por la sociedad o por sus desprecios, pero, termina siempre en una confesión o una protesta, incluso, ante Dios: */ ¿Es delito sentir? ¡pues yo he sentido!/ ¿amar es crimen?...!Mi sentencia espero!/ Su demanda es de igualdad y libertad en el siglo XIX, de modo que la envuelve un nimbo de tristeza, dolor y llanto, a tal punto, que en uno de sus poemas, dedicado a su hermana Mercedes Denis, expresa: //Tú me preguntas, mi querida Merches/ por qué escribí mi ramo de ciprés/ siendo como me juzgas venturosa/ y sin penas amargas de mujer//. Ese ramo brotó del alma mía. / El llanto más amargo lo regó, / ni soy feliz ni puedo serlo nunca/nació para sufrir mi corazón.//*

En 1879 escribe *A la estatua de Colón*, poema en el que la interlocutora es Eugenia de Montijo, Emperatriz de los Franceses, quien en el año de 1870 (hay que recordar que el período del canal francés fracasaba en 1880) dona al pueblo istmeño la estatua de Cristóbal Colón, actualmente ubicada en la ciudad de Colón, frente al Caribe.

Los asuntos relacionados con lo político, aunque siempre vinculados con los sentimientos, ocuparon un lugar importante en su poesía. Sirven aquí como ejemplo de su valentía el poema *A la muerte de Victoriano Lorenzo*, *A Panamá* (sobre una de las guerras civiles colombianas), *Patria* (alude a la guerra de los Mil Días-1902), y *A Chile y Perú* (que invita a la paz y el abandono de las discordias a los dos países hermanos-1880). Como puede

observarse, de la habitación personal en la que se dedica a la costura salta a los problemas de Colombia, de América y el mundo. Su capacidad para registrar tan tempranamente el nombre de **Victoriano Lorenzo** habla de su credo liberal y de su valentía. No se olvide que alrededor de Victoriano se levantó una atmósfera negativa, y que fue fusilado.

Cuenta uno de sus nietos que en 1906 viajó a Panamá para visitar a sus hermanas Matilde y Mercedes. Transcurridos tres años de la separación de Panamá de Colombia y dos del inicio de los trabajos de la construcción del Canal, fue, seguramente, un fuerte choque emocional el reconocimiento *in situ* de la nueva etapa política. Pero mucho peor fue la constatación del distanciamiento que había sido marcado en el suelo con una línea blanca para separar la tierra en la que se ubicaba el cerro Ancón en la Zona del Canal, de la ciudad. Se negó a cruzar ese límite. En el poema *Al Cerro Ancón* da fe de que sabía de los movimientos de todo tipo en el cerro y sus alrededores, incluida la tala de árboles y la ausencia del riachuelo que había servido a las lavanderas y de solaz a la población en el pasado. En sus faldas había ocurrido una grave alteración del orden natural: llegaba la hojarasca de gentes con motivo de la construcción del canal, crecía la población del arrabal, y también llegaba «un extraño» cuya pisada causaba la sequía del manantial de la vida.

Para quienes ordenan la poesía según épocas y autores, con este poema se cierra el ciclo romántico en Panamá. También se abre a la memoria de los panameños una puerta poética para resguardar el sentimiento patriótico más íntimo y sentido que les alimentó el alma en el siglo XX. Por eso, estos versos se convirtieron en clásicos representantes de la lucha por la recuperación del canal.

Amelia Denis murió en Nicaragua el 16 de julio de 1911. Los otros poetas románticos panameños habían muerto antes de alcanzar el siglo XX. Se llevaron la experiencia de haber vivido la construcción del ferrocarril interoceánico, la época del Estado

Federal de Panamá, la frustrada construcción del canal francés y el torbellino de la Guerra de los mil días. Haber escrito *Al Cerro Ancón* después de 1903, poema en el que hizo patente su presencia en la sustancia misma de la vida ciudadana, le valió la inmortalidad. Con el cerro Ancón, Amelia construyó un símbolo de la enajenación territorial norteamericana.

Al cerro Ancón<sup>1</sup>  
Amelia Denis de Icaza

Ya no guardas las huellas de mis pasos,  
ya no eres mío, idolatrado Ancón.  
Que ya el destino desató los lazos  
que en tu falda formó mi corazón.

Cual centinela solitario y triste  
un árbol en tu cima conocí:  
allí grabé mi nombre, ¿qué lo hiciste?,  
¿por qué no eres el mismo para mí?

¿Qué has hecho de tu espléndida belleza,  
de tu hermosura agreste que admiré?  
¿Del manto que con regia gentileza  
en tus faldas de libre contemplé?

¿Qué se hizo tu chorrillo? Su corriente  
al pisarla un extraño se secó.  
Su cristalina, bienhechora fuente  
en el abismo del no ser se hundió.

¿Qué has hecho de tus árboles y flores,  
mudo atalaya del tranquilo mar?

.....

¡Mis suspiros, mis ansias, mis dolores,  
te llevarán las brisas al pasar!

Tras tu cima ocultábase el lucero  
que mi frente de niña iluminó:  
la lira que he pulsado, tú el primero  
a mis vírgenes manos la entregó.

---

<sup>1</sup> Panamá, 1906. Del libro: *Hojas secas*, 1927.



Tus pájaros me dieron sus canciones,  
con sus notas dulcísimas canté,  
y mis sueños de amor, mis ilusiones,  
a tu brisa y tus árboles confié.

Más tarde, con mi lira enlutecida,  
en mis pesares siempre te llamé;  
buscaba en ti la fuente bendecida  
que en mis años primeros encontré.

¡Cuántos años de incógnitos pesares,  
mi espíritu buscaba más allá  
a mi hermosa sultana de dos mares,  
la reina de dos mundos, Panamá!

Soñaba yo con mi regreso un día,  
de rodillas mi tierra saludar:  
contarle mi nostalgia, mi agonía,  
y a su sombra tranquila descansar.

Sé que no eres el mismo; quiero verte  
y de lejos tu cima contemplar;  
me queda el corazón para quererte,  
ya que no puedo junto a ti llorar.

Centinela avanzado, por tu duelo  
lleva mi lira un lazo de crespón;  
tu ángel custodio remontóse al cielo...  
¡ya no eres mío, idolatrado Ancón!

El poema *Al cerro Ancón* sostuvo la lucha de los panameños por la recuperación de la Zona del Canal durante todo el siglo XX. No hubo más armas que la poesía en la memoria y en los labios. Finalizado el siglo XX, entregado el Canal al pueblo panameño, las escuelas, las familias apenas si repiten el hermoso poema de la lucha y se podría decir que puede desaparecer de la memoria social, hoy lastimada por muchos olvidos. Los restos de D.<sup>a</sup> Amelia reposan en el Cementerio Amador, tal como ella lo solicitó en uno de sus versos al Ancón: / *a tu sombra tranquila descansar* /.

En efecto, por ahora descansa D.<sup>a</sup> Amelia a la sombra de la bandera panameña que flamea en el cerro Ancón,

proclamando ese cometido de centinela avanzado que ella le asignara y que jamás debe morir.

Muchas gracias.

